

Amada mía,

Hoy quiero contarte, en esta carta, una historia que guardaba para ti. No habla de nosotros, ni de ellos, ni de aquellos, habla de todos, de todos aquellos que alguna vez hemos estado enamorados, tanto, que sacrificaríamos cualquier cosa por estar junto a la persona a la que amamos. Por eso, en este día, te regalo palabras que hablan de amor verdadero, del amor que siento por ti.

Ascendí por el camino olvidado hasta la cima del mundo, como en aquella historia, que muchos años atrás, me relato el abuelo. Ahora, sentado a los pies del árbol de cristal, rodeado por una densa niebla, puedo oír las voces que recorren el mundo sin ser escuchadas. Miles de tristes cánticos perdidos que vienen hacia mí traídos por el gélido viento, y que lejos de helar mi alma la calientan, dando fuego al corazón y agitando mi espíritu.

Largas semanas han ido cayendo tras de mí. Cientos de miles, o tal vez millones de pasos me han seguido como únicos acompañantes, fieles, pero tristes y olvidadizos amigos que desaparecían con el viento arrebatándome lágrimas de desolación que tiraban con ansiosa fuerza de mi felicidad, hasta que al llegar aquí arriba, me han vaciado. No se cuanto tiempo llevo aquí guardando, como fiel soldado, mi posición bajo este níveo y silencioso cómplice, pero intuyo que mucho más de lo que mi cuerpo esperaba, tengo los músculos entumecidos y no hay hueso en mi cuerpo que no proteste por tan larga espera.

Me puse en pie girándome hacia el árbol. Quizá fuera cosa del tiempo que llevaba esperando, una broma más que me gastaba aquel lugar, pero aquellas hojas brillaban con el vigor del sol. Entonces, como llamado por aquellas ramas, que como el tronco, se enfundaban en una ceñida tela blanca que las envolvía con celosa avaricia, alargué mi brazo hasta tocar uno de aquellos pequeños soles que nacían del ramaje. Al tacto con aquella hoja mi corazón estalló en mil colores de cálida textura que se abalanzaron sobre mí aturdiéndome.

- ¿Qué deseo te trae hasta la cima del mundo? -se escuchó desde el árbol con fuerza y profundo eco.

Aún desorientado por la magnitud del golpe asestado en mis sentidos, me fue imposible el sorprenderme, y simplemente respondí.

- Vengo hasta aquí para que la traigas de vuelta.

- Puedo concedértelo, puedo devolvértela, pero antes has de saber que todo tiene un precio.

- ¿Cual es ese precio?

Alce la vista, y me pareció ver que de las ramas caían sin prisa, casi pausadas, hojas como fulgentes lágrimas de dolor que esparcidas por el suelo daban forma a un radiante y triste tapiz.

- Tu miedo se hará realidad, afrontándolo por toda una eternidad -contestó el árbol.

¿Mi mayor miedo?, me dije, y yo mismo me contesté: <<¿Una eternidad a su lado, sumido en la más profunda oscuridad? Es un leve precio por volver a tenerla a mi lado, por volver a sentir su abrazo, por volver a verla todos los días de una infinita eternidad>>.

- Estoy dispuesto a pagar. Ahora...

Y antes de que pudiera decir nada, unos pasos se descubrieron a mi espalda. Me giré lentamente, y mi esperanza se convirtió en realidad. Delante de mis ojos, con gran sonrisa, se encontraba ella, el más hermoso retrato de la fragilidad.

-¿Eres tú, mi amado?

Corrí hacia ella y la abracé con fuerza. Y lloré, lloré como un niño, cómo solo un enamorado sabe llorar. Pero pronto sentí que algo fallaba. Mi abrazo no fue correspondido, y mi cara de extrañeza dio paso a un gesto de horror al descubrir que la delicada flor que aferraba a mi pecho languidecía y se marchitaba por momentos. La separé, solo para ver su rostro, una leve sonrisa se marcaba pálidamente bajo su pequeña nariz, cayendo sus párpados como plomo. El peor de los momentos llegó cuando su cuello calló hacia atrás tirando de su cabeza, como lo haría un tallo roto de la hermosa flor que sostenía. Me mordí el labio inferior para contener la rabia, o tal vez la impotencia, y la posé en el suelo con delicadeza, sobre el manto de nieve que se extendía, majestuoso, a mis pies.

Entonces me incorporé girándome hacia el árbol.

- ¿Qué significa esto? -grité hasta que me dolió la garganta.

- Tu deseo se ha cumplido.

- ¡Pero para volvérmela a arrebatar!

Alcé la voz hasta que sentí que la cabeza me encogía y me oprimía los ojos, en aquel momento, y solo en aquel preciso momento me derrumbe. Toda la esperanza me pesó como una montaña, que al caer sobre mis hombros me obligo a arrodillarme. Mis ojos comenzaron a liberar lágrimas que hubiese jurado eran de sangre densa y negra, que hervía al resbalar por mi piel y que dolía cómo látigo desgarrándome la carne.

- Tú te la arrebataste.

-¿Yo? -contesté impotente y con voz quebrada.

- Tu mayor miedo, perderla. Estabas avisado, ese era el pago y tú aceptaste.

Por más que hubiese querido contestar no hubiese podido, no tenía fuerzas, tenía razón. En aquel entonces no lo entendí, que injusto era ese trato, ¿a caso el diablo quiso burlarse de mí? Ya han pasado muchos años, puede que cientos, y aún estoy a los pies del árbol, aferrado al triste consuelo de disfrutar de su abrazo por unos segundos cada día, y asumiendo mi condición de engañado por un destino que se empeñó en jugar con mi vida, disfrutando con mi desdicha.

-¿Eres tú, mi amado?

- Te estaba esperando, como cada día.

"No puedo morir de amor, más vivo por él. Una eternidad que me regala segundos, a tu lado, vale más que toda una vida sin ti. Te quiero"

Feliz día de San Valentín

Seudónimo: Rudesindus